

Francisco Cuevas Cervera
Don Quijote, un motivo ambivalente para escritores
en tiempos de guerra y exilio (1808-1833)
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. XCII, 2016, 69-91

DON QUIJOTE, UN MOTIVO AMBIVALENTE PARA ESCRITORES EN TIEMPOS DE GUERRA Y EXILIO (1808-1833)¹

1. DON QUIJOTE, MOTIVO SATÍRICO EN LOS ESCRITOS DE CARÁCTER POLÍTICO

La literatura del siglo XVIII encontró en el caballero manchego una veta extraordinariamente rentable para escritos de corte satírico, crítico o reformador, que fue plasmándose en sucesivos *Quijotes políticos, morales, filosóficos y censores* en obras inglesas, francesas y españolas que parecen apoyar la interpretación más oficial de la novela de Cervantes entendida como una sátira y escorarse hacia posturas más bien conservadoras. El motivo quijotesco será muy productivo para la censura haciendo al personaje instrumento del cual –o a partir del cual– se satiriza. La figura quijotesca servirá entonces para encauzar la crítica de costumbres desde la dualidad del personaje y desde la fusión de los propósitos de este y de la novela (don Quijote/*Quijote*) de forma que la imagen del carácter cervantino aparezca alternativamente de forma despectiva o elogiosa en el difuso conjunto de imitaciones, continuaciones y obras inspiradas en él (Álvarez Barrientos: 1986-1987: 47-48; Cuevas Cervera: 2013: 407-409).

Hacia el XIX, poco a poco, y de la mano de una nueva consideración crítica con respecto al personaje, se irá difuminando la dimensión burlesca de este e irá decayendo su presencia en las cabeceras de *censores y espectadores* como motivo estructural (Uzcanga Meinecke: 2008), al tiempo que los paralelos con don Quijote se van a generalizar en los escritos de tono satírico, hasta ser utilizado «como instrumento de propaganda bélica» (Caro López: 2009: 39).

¹ Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación «La cultura literaria de los exilios españoles en la primera mitad del siglo XIX» (CLEX19), 2014-2016, dirigido por Alberto Romero Ferrer y radicado en el Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz (Referencia: FFI2013-40584-P; financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Plan Estatal de Investigación Científica y Técnica y de Innovación 2013-2016).

En el marco de la Guerra de la Independencia, las referencias a don Quijote son herederas de este planteamiento. Los escritos de carácter político se servirán de esta figura para afilar el aguijón de la crítica. Era lógico, en cualquier caso: la configuración del personaje, de rasgos negativos indudables, y su fijación en el imaginario colectivo dotaban de sentido a la sátira que lo manejaba como argumento o simplemente como dardo envenenado de sus invectivas.

No serán, con todo, exclusivas estas alusiones del primer tercio del XIX. Baste recordar que una de las primeras –y malintencionadas– interpretaciones del *Quijote* hizo blanco de la sátira que contenía la novela al propio Carlos V o al Duque de Lerma (Martínez Mata: 2005: 95), y, a partir de ahí, el paralelo en nuevas obras contagiará a nuevas figuras. A mediados del siglo XVIII, por ejemplo, se ha identificado al rey de Suecia Carlos XII con el caballero manchego, llamándolo el *Don Quijote del Norte*; al otro lado del océano, la leyenda atribuye a Simón Bolívar la frase «Los tres más grandes majaderos de la historia hemos sido Jesucristo, don Quijote y yo», hermanándose así con el caballero de La Mancha. Las estampas satíricas de entonces a ahora son buena prueba de esta potencial identificación: los líderes de la Revolución Francesa, Bismark, Alfonso XIII o Guillermo II (último káiser alemán y rey de Prusia llamado «Le don Quichotte moderne» o el «Don Quijote prusiano») quedarán revestidos en estas estampas con la figura quijotesca. El motivo ha cundido hasta la actualidad, cuando hemos podido ver –no sin cierta turbación– cómo en la prensa satírica y en la Red, José Luis Rodríguez Zapatero, Angela Merkel o Mariano Rajoy han acabado enfundándose armaduras quijotescas y tomando las riendas de Rocinante.

2. DON QUIJOTE EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1808-1814)

2.1. Napoleón Bonaparte, el *nuevo don Quijote de la Europa*: el caballero manchego como enemigo francés

Los paralelos aludidos anteriormente dan cuenta de que la identificación de los líderes políticos y el personaje cervantino ha sido una constante para la sátira. Uno de estos descuella en los primeros años del siglo XIX e hizo fortuna. La identidad, que a ojos actuales parece descabellada, entre Napoleón y don Quijote se hace común en los escritos de carácter político. No hay que olvidar que, para algunos lectores extranjeros, durante los siglos XVII y XVIII la novela de Cervantes se entendió incluso como sátira antiespañola (Martínez Mata: 2005), si bien esa lectura difícilmente fue compartida por los primeros comentaristas españoles.

Es fácil entender que Napoleón encarne a don Quijote en la literatura española posterior a la invasión de nuestro país por parte de las tropas francesas [...]. Napoleón es una consecuencia extrema de los postulados

alumbrados por la Revolución Francesa al calor de las nuevas ideas. No es por lo tanto casual que, al igual que don Quijote, este Napoleón impío, visionario y desmesurado sea el paradigma del exceso (López Navia: 2008: 431-432).

La obra de José Clemente Carnicero hizo explícito el símil desde su mismo título: *Napoleón o el verdadero D. Quijote de la Europa*, una obra en dos volúmenes, crítica con las argucias del emperador y los invasores del lado francés, que en un continuo paralelo entre el personaje novelesco y el histórico («no es el retrato, sino vivo original de aquel don Quijote», I, 28) utiliza la imagen cervantina para desprestigiar e invalidar a Napoleón presentándolo como una sátira de sus propios principios.

En otros escritos que tuvieron en la misma filiación su motivo inicial, la imagen de don Quijote acaba salvaguardada en el cotejo con la del emperador francés, aunque ello no signifique necesariamente una visión positiva del personaje. Eso sí, el caballero español resulta un loco simpático e inofensivo frente al destructor y vil nuevo Quijote. Así ocurre en *El Don Quijote de ahora con Sancho Panza el de antaño*, de Francisco Meseguer o el *Cotejo de Bonaparte con Don Quijote*².

Pero estas obras, ampliamente glosadas y conocidas en la historia de la crítica y recepción de Cervantes a lo largo del tiempo, no navegaron solas, ni suponen hitos anecdóticos en la identificación. El paralelo don Quijote/Napoleón se había lexicalizado antes del libro de Carnicero, y era un lugar común en los papeles del tiempo. El mero epíteto –épico, pero burlesco–, asociado a la imagen del francés, desplegaba toda una red de connotaciones negativas que se instauraron como tópico. También Juan Manuel de la Guardia asume el calificativo de «verdadero D. Quijote de la Europa», aplicado al hermano del primitivo *Quijote de nuevo cuño*, en sus *Diferentes poesías en alabanza de Josef Bonaparte* (Cuevas Cervera: 2015: n.º 411). Todo tipo de reescrituras de este signo se generalizarán en estos años de guerra: «segundo don Quijote» es llamado en *La linterna mágica o Semanario Fisonómico* (n.º 2, 1808, p. 9); será «don Quijote de la Córcega» para el *Apéndice al Procurador General de la Nación y del Rey* (5 de marzo, 1814); «Quijote francés», según *Los Ingleses en España* (n.º 5, 1813, p. 38); «D. Quijote del Norte» y «caballero de la triste figura» alternan con otras denominaciones en las páginas de *El Conciso* (15 de enero, 1813, p. 6); «nuevo D. Quijote», en el folleto *El sueño del tío José* (Romero Peña: 2006: 506); y hasta con el de «ladrón Quijote» se le acusa a Bonaparte en el pie de la estampa *Lo que son los franceses*. Otras imágenes

² Estas obras han sido ampliamente tratadas en los trabajos de López Navia (2008: 431-439) y Caro López (2009), de ahí que aquí no me detenga a tratarlas de manera particularizada. Puede encontrar un descriptor de estas tres, además, en sus respectivas entradas en Cuevas Cervera: 2015: n.º 370, n.º 371 y n.º 412.

más ocurrentes se harán comunes, siempre tomando como pivote el personaje cervantino: «S. M. Quijotesca» (*El Conciso*, 15 de enero, 1813, p. 8) o el «D. Quijote de la Triste Apretura» (*El Conciso*, 1 de marzo de 1813, p. 1).

Muchísimas más son las alusiones que pueden rastrearse en prensa y folletos de corte político en las que Napoleón viene a comportarse como don Quijote en sus arrebatos de locura, en sus sueños utópicos con resultados negativos, en sus intentos infructuosos de enderezar tuertos. Los insultos al invasor en que don Quijote toma protagonismo como identidad hartamente reconocible se hacen comunes, y la curiosa filiación del personaje novelesco con la perfidia, vileza y perversidad napoleónica tuvo que acabar incidiendo en un constructo negativo hábil para la recreación cervantina durante la Guerra de la Independencia, cauce no hollado en el XVIII: «la primera mitad del siglo XIX es mayoritariamente coincidente a la hora de identificar a don Quijote con los aspectos más negativos de lo literario, lo filosófico o lo religioso» (López Navia: 2008: 438):

Ya se ve: ¿cómo había de ver con indiferencia el Quijote imperial y real un tuerto semejante sin desfacerle? ¿Cabía este descuido en un emperador andante, protector de los desvalidos, amparador de los menesterosos, y ángel tutelar de los tronos? Cuanto más, que los tales ingleses le persiguen mortalmente, y el buen caballero no puede haberlos a las manos para castigar su demasía; y de aquí le viene su encono, y el tratarlos de follones y malandrines como el héroe manchego a los desalmados encantadores (Crítica a las *Reflexiones imparciales sobre el estado actual de España*, *Semanario Patriótico*, n.º XI, 10 de noviembre, 1808, pp. 186-187).

Soldados Españoles, salís a combatir con un Quijote o miserable fantasmón que se le ha metido en la cabeza ser más grande que Alejandro Magno, con un hombre más cobarde que pequeño en su estatura, que para alucinar a los demás, se ha apropiado una dictadura altisonante de voces retumbantes, se ha creado una corte augustamente soberbia, con un ceremonial más fanfarrón que el de los Césares de Roma (*La Voz de la Naturaleza*, recogido en la *Colección de papeles interesantes sobre las circunstancias presentes*, n.º 7, 1808, p. 56).

Si tienes felicidades para dar, guárdalas para la Francia a quien prometiste hacer feliz; y no vengas a labrar a la España una felicidad, que no quiere [...] ¿Por ventura quieres ser un nuevo Quijote, que vengas a desfacer los tuertos, y agravios, de que tú mismo fuiste autor, para irritar los ánimos de los Españoles contra sus legítimos soberanos? (*Bonaparciana*. [S.l.]. [s.n.]. [1808?], p. 8)

[...] pronto llegará el día de poder imponer aún más miedo al vil opresor, aun cuando fuese cierto lo que el fanfarrón *Monitor* asegura con fecha de 12 de Enero ponderando la leva que hacen algunos Príncipes de la confederación del Rin para mandar ejércitos contra España [...],

añadiendo que este nuevo D. Quijote tiene amedrentada la Casa de Austria (*Atalaya Patriótico de Málaga*, 18 de febrero, 1809, pp. 43-44).

¿Quién tramó y realizó con perfidia y en secreto la famosa confederación del Rhin? El último Quijote de nuestros días, el mejor desfacedor de agravios y entuertos, el más vil de los mortales, el peor de las testas coronadas, el que sin noticia de su amigo con quien se halla en paz, subleva y seduce parte de sus Estados, se los usurpa, y después le ruega que lo firme, este es, el Omnipotente Emperador de Francia y Rey de Italia, el incomparable, el sublime, el nunca bien ponderado en injusticias, robos y perfidias, Napoleón (*Diario de Mallorca*, año III, n.º 11, 11 de enero de 1810, p. 41).

Basten estos ejemplos para demostrar cómo los papeles periódicos de carácter político y ensayístico incorporaron todo un prisma de valores negativos a la imagen de don Quijote al hacerlo blanco de la comparación con el enemigo.

Junto a la visión fuertemente despectiva de estos ejemplos, también es provechoso el motivo quijotesco cargado de cierta sorna que hace paralelas las ideas descabelladas del emperador con las del personaje de ficción. De tintes más suaves, rasgueando la cuerda humorística de la obra de Cervantes y recobrando la ironía cervantina, estas identificaciones descargan en caricaturas y retratos burlescos, haciendo a Napoleón «prometedor de ínsulas» y desquiciado caballero:

nadie más generoso y pródigo en promesas que Napoleón y sus satélites; pero tampoco nadie más avaro y mezquino en el cumplimiento de ellas. Con ellas han engañado a los incautos, a los bobos y a los preocupados, y valúan sus triunfos por la sencilla y buena fe que han encontrado en los pueblos seducidos [...].

Llega [Napoleón], y olvidado de su comisión adula al Pontífice, le besa los pies a S. S., se reconcilia, se declara por hijo de la religión de Cristo, siéndole a él Cristo y su religión tan indiferentes como el Smo. Padre, como los Obispos y como las doctrinas galicanas; y ante la cátedra de San Pedro concibe el ridículo pensamiento (que solo podía haber en D. Quijote) de ir a conquistar el Egipto, el África y el Asia si era menester (*Atalaya Patriótico de Málaga*, 20 de mayo, 1809, pp. 342-343).

Capaz, como el caballero cervantino, de engendrar en su «fecunda molle-
ra» proyectos tan quijotescos pero «dignos de tal autor» como la creación de un gigantesco ejército que hace exclamar al redactor de *El Conciso*:

¡Diantres de insurrecciones, cuánto dais que hacer a todo un omnipotente...! Pero, Sr., si los soberanos están seguros y libres de tales bichos de insurrecciones con ser ellos buenos, ¿tienen más que serlo? Y si no lo son, ¿por qué no les aconsejáis ¡oh D. Quijote Corso! que lo sean, y así lograrán su tranquilidad, más bien que andando por esos andurriales con las mochilas a cuestas desfaciendo agravios, y enderezando (o

quedando ellos) tuertos; que es vida más para negros que para soberanos? (*El Conciso*, 8 de mayo, 1812, p. 2)

Así, era natural que diferentes episodios del *Quijote* vinieran a replicarse en imaginarias escenas protagonizadas por Napoleón Bonaparte, siendo comunes las recreaciones quijotescas que tanto se habían ensayado en las imitaciones y continuaciones del siglo XVIII, ahora con un nuevo personaje dado por las circunstancias históricas del tiempo. Estas comparaciones, más novelescas, retoman de la novela original los episodios que incidían en la visión burlesca del personaje: los denodados esfuerzos por recuperar los valores del pasado espíritu caballeresco o las inusitadas batallas libradas contra carneros o cueros de vino, como en este «sueño de Napoleón», en el que el francés, estando su majestad imperial «algo sofocado con las indigestas noticias que de Madrid se le comunicaron», alucina a la manera quijotesca:

Mas la imaginación recargada de vivas e interesantes ideas; caliente y agitada la sangre, e irritada la bilis, armaron un *botiborrillo* y mezclanza en sus sesos, que dieron con toda la grandeza en la tierra, haciendo de sonámbulo. Pónese en pie su Majestad, saca la grande espada imperial y real, empieza a zarpazos grandes, y a grandes gritos, armando una zalagarda, como si una legión de diablos hubiera venido por lo que era suyo. Aquí descarga, allí pega, haciendo una carnicería tan espantosa en su Gabinete, que ni quedó la araña grande, ni el espejo grande imperial y real, ni nada de lo grande que allí había, que no saliese echando chispas a las vibraciones imperiales de su grande acero. Vaya, se repitió la escena, que admiró la Venta que tuvo el honor de hospedar a D. Quijote de la Mancha la noche del combate de los pellejos de vino (*Sueño de Napoleón*. Écija. Joaquín Chabes. [1808?], p. 1)

La repetida identificación no podía sino anquilosar al personaje cervantino en una imagen fuertemente negativa, antiespañola, incluso. Como recogeré a continuación, solo en tímidas ocasiones se invierten los términos; pero pocas veces, igualmente, serán los *nuevos quijotes* queridos para el escritor en tiempos de guerra. El efecto de este insistente motivo Napoleón/don Quijote en el desarrollo del imaginario colectivo es difícil de discernir, pero probablemente atrasó la configuración de don Quijote como icono nacional (Pidal y Mon: 1905; Hutchinson: 2000). Las identificaciones del caballero con lo español, cuando vienen del otro lado, resultan incómodas. El «duende de las tabernas», así, reniega de la figura cervantina en un intento por reafirmarse como español en un artículo comunicado al *Diario de Sevilla*:

este solo con el poder que debe conservársele para castigar al que robe, y obligado a comer de su caudal, o trabajar para ello en ejercicio honesto, que esto no se opone a su dignidad, pues el ciudadano no se entiende ser un D. Quijote de la Mancha, sino un español virtuoso (*Diario de Sevilla*, n.º 78, 18 de octubre, 1813, p. 4).

La genealogía quijotesca del pueblo español solo será asumida parcialmente, pero queriendo que, en suma, para sí fuesen otros los motivos de comparación, otros españoles netamente heroicos, y no ese héroe a medias que es don Quijote para el lector de principios de siglo:

Los inmortales defensores de aquel baluarte de la libertad española pidieron permiso a su digno General Palafox para apoderarse de una batería de morteros, que tenían los enemigos en la torre Bernardona, y que les hacía mucho daño; dioles un batallón de voluntarios, con los que salieron de noche, sorprendieron a los enemigos, llevaron los morteros a la ciudad, y puestos en procesión con los sables levantados y ensangrentados hasta el puño fueron a dar las gracias a la Virgen del Pilar. Así se portan los paisanos de D. Quijote, como dice ese faramalla y ridículo Emperador, o los paisanos de los Viriatos, de los Pelayos y Ramiros, de los Rodrigos de Vivar, de los González de Córdoba, de los Corteses y de otros innumerables como pregona la Europa entera (*Atalaya Patriótico de Málaga*, 11 de marzo, 1809, pp. 117-118).

El lugar común ya se había fijado para la historia literaria. Dejando pasar los años, la recreación novelística e histórica de la Guerra de la Independencia que suponen los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós recupera esta identificación: sus personajes lo tratan como «Don Quijote imperial y real, como algunos de nuestros paisanos le llaman, no sin fundamento» (*Napoleón en Chamartín*. 2ª ed. Madrid. Imprenta de José María Pérez. 1876, p. 125). En *Bailén*, el protagonista galdosiano Gabriel Araceli, bajo un sol manchego como aquel que había secado el cerebro a don Quijote y le hacía creer castillos donde solo había ventas, tienen una alucinación: todos los escuadrones del ejército imperial, y hasta el mismo Napoleón, caen sobre ellos.

La identificación viene dada, no ya solo por la locura que equipara a ambos, sino también por la posición privilegiada del tiempo de Galdós, que le permite dotar de un aura triunfalista a este símil haciendo paralelos también los palos recibidos por ambos personajes en España a causa de sus «aventuras».

Yo en tanto, acordándome de D. Quijote, contemplaba el cielo, en cuyo sombrío fondo las pardas y desgarradas nubes, tan pronto negras como radiantes de luz, dibujaban mil figuras de colosal tamaño y con esa expresión que sin dejar de ser cercana a la caricatura, tiene no sé qué sello de solemne y pavorosa grandeza. Fuera por efecto de lo que acababa de oír [...], lo cierto es que vi en aquellas irregulares manchas del cielo veloces escuadrones que corrían de Norte a Sur; y en su revuelta masa las cabezas de los caballos y sus poderosos pechos, pasando unos delante de otros, ya blancos, ya negros, como disputándose el mayor avance en la carrera [...].

–Miradle, miradle allí. ¿Le veis? ¡Estúpidos!, ¡y queréis luchar con este rayo de la guerra, con este enviado de Dios que viene a transformar a los pueblos!

–Sí, allí lo veo –exclamó Marijuán, riendo a carcajadas–. Es D. Quijote de la Mancha que viene en su caballo, y seguido de Sancho Panza. Déjenlo venir, que ahora le aguarda la gran paliza. Las nubes se movieron, y todo se tornó en caricatura (*Bailén*. 2ª ed. Madrid. Imprenta de José María Pérez. 1876, p. 66-67).

La identificación negativa se extiende también a todo lo que provenga de la entonces enemiga Francia. Es un don Quijote su dirigente, lo son sus soldados. Los coraceros, cuya coraza que les daba nombre había sido recuperada por Napoleón Bonaparte y que estuvieron presentes en la Guerra contra España, ofrecían en su mismo aspecto físico el motivo de comparación: parecían todos ellos como un ejército de otro tiempo. En la *Carta de un chispero de Madrid a don Napoleón*, firmada por el tío Ventosa ([S.I.]. [s.n.]. [1808?]), uno de los valerosos combatientes del aciago mayo de 1808 se complace en dar muerte a uno de estos nuevos militares franceses o afrancesados. Simbólicamente, la Nueva España asesinando al caballero de La Mancha:

mas no bien hubo empezado la chamusquina, cuando hétele que cae circuncirca de las herraduras de un caballo, que llevaba encima de sí a uno de esos soldados del nuevo cuño que vistió usted de coraceros, el cual, si he de decir lo que siento, se me figuró un verdadero retrato de don Quijote de la Mancha, pues hasta su rocín estaba tan desmirriado que parecía una sardina con patas de alambre. El tal caballero de la triste figura, o desfacedor de entuertos, quiso embestir a mi querido Cascajo, mas cuando iba a dar sobre él, le hicieron mudar de pensamiento dos primorosas banderillas de fuego que planté debajo de la cola a su semi-ético rocinante [...]. Por fin, salió sano y salvo el tío Coscajo [sic], quedó muerto del zaparrazo el don Quijote, y ensartados en mi tizona (como pollas en asador) tres enfurruñados y furiosos compinches suyos que venían a defenderle (p. 4).

2.2. Don Quijote como *servil*: la imagen quijotesca entre los patriotas

Parece patente que el rendimiento de don Quijote como motivo durante la Guerra de la Independencia copó las críticas contra Napoleón y los suyos. Pero siendo una descalificación que quedaba ya tan a mano, es ingenuo pensar que no acabó como arma arrojadiza entre unos y otros bandos de la contienda política e intelectual que se libraba en la reducida España.

Así, en los papeles periódicos serán continuas las alusiones a redactores y literatos que acaban emparejados con el caballero de Cervantes, por sus ideas disparatadas o falta de juicio. No temblará la pluma a *El Censor* para tildar al *Semanario Patriótico* de don Quijote, «en que habla con juicio mientras no le tocan de caballerías y desfaceduras de agravios» (*El Censor General*, n.º 2, 31 de diciembre, 1811), ni al redactor del *Diario de Palma* al considerar, por sus ideas, al «Diablo predicador» como un «Quijote transformado» (*Dia-*

rio de Palma, 2 de mayo, 1813). Un buen número de vituperios en forma de epítetos quijotescos caerán al autor del papel «A Sevilla Libre» en *El tío Tremenda o Los Críticos del Malecón* (n.º 1, 1812; n.º 83, 1813).

En ocasiones el paralelo pasa a primer plano en estos artículos periodísticos, como ocurre en el de –presumiblemente– Pablo Jérica y Corta contenido en el *Diario Mercantil de Cádiz* (n.º 41, 21 de noviembre, 1812, pp. 195-197) titulado «Al gacetero de La Mancha», gacetero que ya había recibido en este periódico otros insultos quijotescos («un D. Quijote acuchillando a los títeres de Maese Pedro»). Similar al *Cotejo de Bonaparte con D. Quijote*, el artículo es una burla al redactor de la *Gaceta de la Junta Superior de La Mancha*, construida a partir de once motivos de comparación en que se critica al «Padre gacetero» por su vinculación con lo servil (Martínez Baro: 2006: 276-277; Cuevas Cervera: 2015: n.º 406).

Como en anteriores cotejos, el ridículo de ambos personajes se acaba decantando por extremar el del objetivo de las críticas, quedando parcialmente a resguardo los efectos de la locura del caballero manchego.

Junto con estos últimos vituperios quijotescos en la guerra intelectual y propagandística entre los periódicos, el motivo del paralelo don Quijote/servil va a la zaga del de don Quijote/Napoleón. La semejanza era obvia desde un punto de vista estrictamente ideológico, tanto el personaje literario como el histórico –el *servil*– pretendían restaurar lo que se presentaba como virtuoso pasado, llámese orden de caballería, llámese monarquía absolutista.

Desde esta óptica, la imagen de don Quijote no es ya una imagen *antiespañola*, sino, al otro extremo, la imagen de un españolismo exacerbado, rancio, caduco. También será, desde ese lado, una imagen negativa, pero en este caso para cargar los patriotas contra sus enemigos intramuros. Los escritores del nuevo siglo, los imbuidos de las nuevas ideas de un liberalismo tan mal definido como articulado, ven en don Quijote un claro trasunto de los *serviles* a los que desprecian: aquellos que, asentándose sobre unas arcaicas razones y vestidos –física y metafóricamente– con sus antiguas armaduras, pretenden una falseada regeneración del país. El motivo ha pasado de bando; al fin y al cabo, el personaje de Miguel de Cervantes no representaba entonces ni lo español ni lo extranjero. Antes de la apropiación icónica nacionalista solo es trasunto de *lo extremo*.

El diputado absolutista Jiménez Guazo, el antiguo oficial de la Suprema Junta de Sevilla, recibirá de la afilada pluma de Pablo de Jérica un punzante epigrama satírico:

Al verle tan terrible chafarote,
Orden de la Cruzada en el costado,
y cual dragón descomunal bigote,
todo el mundo lo hubiera comparado
al inmortal manchego D. Quijote;
pero icuánto se hubiera equivocado!

Porque el Quijote tuvo gran talento
 iy el mortal de que hablo es un jumento! (*Diario Mercantil de Cádiz*,
 1813, recogido en la obra de Adolfo de Castro: *Cádiz en la Guerra de la
 Independencia: Cuadro histórico*. Cádiz. Revista Médica. 1862, p. 35).

Nuevamente el blanco de la crítica queda aún más degradado en la comparación con don Quijote que, a pesar de sus febriles desvaríos, acaba superando al servil. El emparejamiento no obedece solo a un paralelo ideológico, sino también físico, como en el caso de los coraceros franceses. Adolfo de Castro recordará así al mismo Jiménez Guazo en sus paseos por la ciudad gaditana:

Su extravagante vestido, sus grandes bigotes, una gran espada, especie de mandoble, que siempre lleva ceñida, en recuerdo de sus hechos militares, la insignia de antiguo cruzado al pecho y la religiosidad que inusitadamente exagera teniéndose por hombre de otros días, le atraen los sarcasmos de la gente juvenil, alegre y bulliciosa, que le da el título del nuevo Quijote (*Cádiz en la Guerra de la Independencia: Cuadro Histórico*. 2ª ed. Cádiz. Librería de la Revista Médica. 1864, pp. 98-99).

No sorprende que en la recreación que muchos años después realizara Benito Pérez Galdós de la ciudad sitiada, el escritor canario hiciera confluír en un personaje los referentes históricos (junto a Jiménez Guazo, otros de la misma estirpe, como el Marqués de Villapanés o el Marqués de Palacio) con el referente literario cervantino. Al fin y al cabo, el paralelo ya gozaba de tradición durante los años de la Guerra. Así nace don Pedro del Congosto, el antagonista del episodio nacional *Cádiz*:

vimos aparecer a un hombre como de unos cincuenta años, flaco, alto, desgarbado y tieso. Tenía como D. Quijote los bigotes negros, largos y caídos, los brazos y piernas como palitroques, el cuerpo enjutísimo, el color moreno, el pelo entrecano, aguileña la nariz, los ojos ya dulces, ya fieros, según a quien miraba, y los ademanes un tanto embarazados y torpes (*Cádiz*. 2ª ed. Madrid. Imprenta y Litografía de La Guirnalda. 1878, p. 49).

Y es que Cádiz fue testigo de una escena fuertemente quijotesca, recreada en las prensas con un tono muy ácido, y actualizada en la novela de Galdós: el 30 de mayo de 1810 hizo su entrada en la ciudad sitiada la Cruzada del Obispado de Cádiz, un ejército de estos anacrónicos militares que «para acabar con los franceses, era de lo más grotesco que en los anales de la historia se puede en ningún tiempo encontrar» (p. 71)³.

³ Curiosamente, en el trienio volverá a utilizarse la imagen quijotesca en lo que parece un renacimiento de esta Cruzada del Obispado: en la *Visita y conversación de don Quijote con el Padre Matusalén* (Barcelona. Imprenta Nacional de Garriga y Aguasvivas. 1820), un diálogo

Galdós deja clara la identificación en varios momentos y, principalmente, en la escena final en la que lord Gray hiere de muerte al nuevo don Quijote en la playa de la Caleta, rememorando la lejana playa barcelonesa en la que el Caballero de la Blanca Luna apeó al manchego de Rocinante para siempre. Otra vez un *don Quijote del nuevo siglo* acaba derramando su sangre simbólicamente. En este caso será un *lord*, inglés, liberal, hombre de los nuevos tiempos, quien hiende su espada en el pecho de la Vieja España.

En cualquier caso, el motivo quijotesco utilizado de manera hiriente no fue privativo de los enemigos de los serviles. Aunque en ellos encontraron, qué duda cabe, además de un insulto ya lexicalizado, un paralelo visual e ideológico difícilmente evitable. Para que pasara a designar al otro bando, el de los liberales, solo habría que esperar al fracaso de los ideales de estos pasado 1814.

2.3. Don Quijote como justiciero: el *censor* de costumbres

Para completar el espectro de la productividad del paralelo con el motivo quijotesco durante la Guerra de la Independencia, queda por analizar una arista que es heredera del siglo XVIII (Uzcanga Meinecke: 2008), cuando los *nuevos quijotes* vengan a derribar, pero ahora con un sentido reformador enunciado en positivo, alguna máquina mal fundada de las nuevas ideologías del XIX.

En esta línea habría que colocar algunas alusiones e incluso algunas obras completas que retoman este camino ya trazado: el de considerarse herederas de don Quijote en cuanto aquel censuraba o criticaba las costumbres del tiempo, esto es, conceder al caballero una finalidad regeneradora que en pureza correspondía más a la novela que al personaje y, si al personaje (recuperar la orden de caballería), obviando que en la original cervantina los medios y resultados eran fatales tanto para él como para sus compañeros. Si en los anteriores el ejemplo de don Quijote parecía exponerse como un ejemplo que rehuir *–a contrario–*, aquí lo hace como ejemplo que imitar *–a pari–*.

Es el caso de *El Nuevo Don Quijote de Sevilla* (Cuevas Cervera: 2015: n.º 405), publicación periódica que se inspira en la figura de don Quijote para presentarse como un nuevo caballero que sale a desfacer los agravios del nuevo siglo. De la misma forma se había presentado *El Censor* en el siglo XVIII (Cuevas Cervera: 2015: n.º 62).

El motivo sigue vigente durante los años de la Guerra. Así, el *Semanario Patriótico* se atreve a censurar a otra cabecera «como hiciera don Quijote» (14 de noviembre, 1811); desde las páginas del *Correo General* (5 de septiembre, 1814, p. 4) se pide un «Don Quijote moderno como justiciero»; *El Procurador General de la Nación y del Rey* acusará a *La Abeja* de no haberse puesto a las armas, no «clavar [su] penetrante aguijón en las huestes enemigas», como

satírico fuertemente irónico, el padre Matusalén pide a don Quijote que reúna un ejército para luchar contra el mal del nuevo siglo: los liberales (Cuevas Cervera: 2015: n.º 490).

hacía don Quijote (n.º 326, 22 de agosto, 1813); o se entiende –aunque aquí con marcado acento ridículo– *El Conciso* «cual otro Quijote en su Rocinante desfaciendo agravios y enderezando entuertos», según lo percibe *El Duende de los cafés* (n.º 149, 27 de diciembre, 1813).

En estas ocasiones el motivo quijotesco será entendido de manera positiva en la Guerra de Pluma, por su capacidad para vehicular la sátira; en estos casos el caballero de La Mancha se alzaría ante los franceses o ante los nuevos enemigos que trajo como consecuencia la consciente, consentida y pública pluralidad política.

Este repaso advierte del cariz negativo del que se fue cargando la figura de don Quijote en los escritos de carácter político durante la Guerra de la Independencia. Los propios avatares de la historia de España hicieron disminuir su rendimiento en los años sucesivos, pero será este el equipaje que los intelectuales en el exilio llevarán consigo cuando la guerra contra el francés haya finalizado para empezar otra igualmente cruenta.

3. DON QUIJOTE CABALGA FUERA DE LAS FRONTERAS (1814-1833): EXILIO Y MITO QUIJOTESCO

Es el famoso cuadro de Antonio Rodríguez Luna, un caballero cabizbajo, con aire de perpetuo derrotado, alejándose de la masa congregada que parece despedirlo entre sobrecogida y melancólica, el que abre las puertas de la *Biblioteca del Exilio* de la Biblioteca Cervantes Virtual. Este mismo caballero de este mismo pincel es también la portada del libro de José Luis Abellán *Los secretos de Cervantes y el exilio de don Quijote*, identificación (exilio/don Quijote) que ya había sido forjada con notable éxito a partir de sus estudios sobre la Historia del Pensamiento español (Abellán: 2006) y que fue una constante en el pensamiento de los expatriados (Férriz Roure: 1994: 141). Alberti, Ayala, Aub, han quedado en el imaginario en sí mismos como *quijotes* trasterrados. Los estudios que vinculan el exilio del siglo XX con la obra de Cervantes se cuentan por decenas; prueba de esto es el encuentro en octubre de 2015 titulado «El *Quijote* y el exilio de 1939» convocado por el Grupo de Estudios del Exilio Literario y la Universidad de San Luis.

Tanta rentabilidad tiene esta identificación del personaje cervantino con el exilio republicano del siglo pasado que se hace tentativo trascender esta identificación en el tiempo y convertir a todos los exiliados en *quijotes*, entre fracasados y utópicos, en el convulso transcurso histórico del siglo XIX.

Con este horizonte, parece lógico buscar los antecedentes de esta identificación, y la relación de Miguel de Cervantes con la cultura hispánica fuera de las fronteras de España, en los círculos que la restauración absolutista de 1814 y 1823 dispersó fundamentalmente entre París y Londres.

Sin embargo, y a tenor de lo expuesto sobre la utilización del motivo quijotesco durante la Guerra de la Independencia, resulta consecuente que los

exiliados españoles, que habían sido partícipes de los papeles periódicos que se poblaron de identificaciones y recreaciones quijotescas entre 1808 y 1814, exportaran esta visión a sus nuevas obras como expatriados. Al tiempo, desarrollaron una importante labor como difusores, estudiosos, docentes y críticos de la historia de la literatura española y, en esta línea obviamente, de la figura y obra de Cervantes.

3.1. La recuperación de Cervantes y el *Quijote* en los círculos intelectuales del exilio

Con la llegada de Fernando VII al trono, muchos de los escritores que habían militado en las facciones liberales y progresistas se vieron forzados a abandonar el país. Entonces –como los expatriados de ahora–, la mayor parte de estos trasterrados encontró en el español una fuente de ingresos y un medio de subsistencia (Llorens: 1954: 60 y ss.). Esto provocó que buena parte de los intelectuales del exilio precisaran de colecciones de textos (florestas, antologías) portátiles, para una vida, la del exiliado, también portátil. Si en principio participaban de intereses comunes con el exilio jesuítico en cuanto a la difusión e importancia de los estudios y valoración de Miguel de Cervantes (Quinziano: 2014), la puesta en valor del *Quijote* para los del XIX no es tanto como postura intelectual y/o apologética, sino como medio de vida. Serán editores, traductores, antólogos y profesores de español, produciendo colecciones, estudios y ediciones cervantinas para un doble público: el de los extranjeros que quieren aprender español o leerlo en el original, y el círculo de coterráneos en el exilio al que le sirve de anclaje con su patria y su cultura.

En este contexto habría que situar las gramáticas de Vicente Salvá, José Borrás o McHenry, o también la labor como lingüista de Juan Calderón, que, además de sus aportaciones sobre la lengua cervantina en otras obras gramaticales, en los años de exilio fue componiendo lo que sería su *Cervantes vindicado*, publicado póstumamente en 1854. También corresponde a este impulso la famosa *Floresta* de Antonio Garrido, con hasta cuatro ediciones en un solo año; todas ellas, gramáticas y antología, acaban difundiendo los textos cervantinos y con ellos la imagen de don Quijote en el exilio londinense; Sales, Cubí y Soler o Mariano Velázquez de la Cadena (es cierto que no todos estos exiliados políticos) lo harán en Estados Unidos; la *Biblioteca selecta* de Mendíbil y Silvela, la antología de Marchena, el *espíritu* hecho a partir de las obras de Cervantes de García de Arrieta o la *España poética* de Maury, acaparan al público radicado en Francia, principalmente en París⁴. En compa-

⁴ La vinculación de estas obras con la difusión de Cervantes y el *Quijote* puede consultarse en sus respectivas entradas en el catálogo de Cuevas Cervera: 2015: Salvá, n.º 605; Borrás, n.º 571; Calderón, n.º 842 y n.º 1059; Mendíbil y Silvela, n.º 477; Garrido, n.º 572; Sales, n.º 550; Cubí y Soler, n.º 515; Velázquez de la Cadena, n.º 551; Marchena, n.º 488; García de Arrieta, n.º 420; Maury, n.º 561.

ración con periodos anteriores o posteriores puede afirmarse que la antología, como género en sí mismo, y la presencia en ella de Miguel de Cervantes, se vio impulsada con el exilio y la labor intelectual de sus integrantes, con lo que tiene el ejercicio del antólogo de fijación del canon. La mirada *desde fuera* acabó por definir de manera más precisa el canon *de dentro* (Cuevas Cervera: 2010: 90-93) y mantuvo muy viva la imagen de don Quijote a partir de una selección de textos representativos.

Igualmente hay que buscar en el exilio la base de importantes ediciones decimonónicas de las obras cervantinas. No solo porque participaran directamente en ellas los autores exiliados de España, sino porque el núcleo hispánico trasterrado actuó también como masa lectora, como nuevo *nicho de mercado*, que dirían los expertos económicos. Así, podría relacionarse el exilio (si bien en algunos núcleos existen *Quijotes* en lengua original tiempo antes) con las ediciones del *Quijote* de Burdeos de 1815 o la de las *Novelas ejemplares* de Perpiñán de 1816 e incluso, aunque esta relación es menos evidente, la neoyorquina del *Persiles* de 1827. El hito editorial en Londres será la tan interesante edición –tanto por su escasa tradición editorial como por la importancia de su interpretación en el Cervantismo romántico– de la *Numancia* en 1817⁵.

Pero fue en París, el llamado «destino privilegiado del exilio español», donde la relación entre la edición de obras cervantinas y el grupo exiliado se hace más patente. En 1814 es precisamente cuando aparece el *Quijote* en español publicado por René Masson, y a raíz de ahí se producirá en la ciudad francesa toda una explosión cervantina en lengua original: las ediciones de Cormon y Blanc del *Quijote* en 1825 y 1827 y las *Novelas ejemplares* de 1825, y la de Baudry (*Colección de las mejores obras escritas en lengua española*) también de 1825 y 1832; pero fundamentalmente con las *Obras escogidas de Miguel de Cervantes Saavedra*, editadas por Agustín García de Arrieta de 1826 (Librería Hispano-Francesa de Bossange, imprenta de Fermín Didot para los ocho primeros, en la de Rignoux los dos últimos) reimpresas en 1827, el primer intento llevado a las prensas de obras (casi) completas del autor del *Quijote* y cuyas notas son un claro testigo de esa relación entre exilio, difusión de la novela y labor docente de la lengua para extranjeros. Y otro hito editorial en el mismo marco: el *Quijote* en miniatura editado por Joaquín María Ferrer en la imprenta de Julio Didot de 1827 y reeditado en 1832⁶.

Es verdaderamente notable este impacto editorial de las obras cervantinas fuera de las fronteras españolas motivado por el núcleo de exiliados. A excep-

⁵ Cuevas Cervera: 2015: *Quijote* de Burdeos, n.º 427; *Novelas ejemplares* de Perpignan, n.º 439; *Persiles* de Nueva York, n.º 566; *Numancia* de Londres, n.º 447.

⁶ Cuevas Cervera: 2015: *Quijote* de Masson, n.º 416; *Quijote* de Cormon y Blanc, n.º 532 y n.º 565; *Novelas ejemplares* de Cormon y Blanc, n.º 534; *Quijote* de Baudry, n.º 533 y n.º 632; *Obras escogidas* de Bossange/Didot, n.º 554 y n.º 563; *Quijote* en miniatura de Didot, n.º 564 y n.º 633.

ción de Alemania o los Países Bajos, la presencia de la obra cervantina en español fuera de las fronteras es prácticamente inexistente hasta este momento.

Junto a la labor filológica, es interesante cómo en los círculos del exilio se produce un encuentro directo entre los escritores españoles y las nuevas interpretaciones literarias del Romanticismo, muchas de las cuales habían fijado su atención en el *Quijote* (si bien es verdad que las ideas literarias de los alemanes, ingleses y franceses llegaban a los intelectuales españoles con bastante más fluidez de lo que tendemos a considerar en la propia España de antes de la Guerra de la Independencia). En 1823 Ticknor será ya profesor de Literatura Española en Cambridge y Byron publicará su *Don Juan*, obra en la que unas estrofas alusivas a la imagen del caballero manchego harán fortuna entre los cervantistas. Son los años de la difusión de la historia literaria de Sismondi, de los escritos literarios de Madame de Stäel, de Wordsworth, Coleridge o Lamb.

En líneas generales, los españoles serán más templados en cuanto a la lectura de la novela que sus nuevos coterráneos ingleses y franceses. Ni siquiera en estas circunstancias vitales del exilio se dejaron convencer por la pátina romántica que envolvía la crítica cervantina inglesa o alemana, pero al menos entraron en contacto directo con las ideas del nuevo siglo en cuanto a la lectura de la novela. La imagen de don Quijote, para estos, no había incorporado ese imaginario romántico que después acabaría fagocitando al personaje.

Así, Antonio Alcalá Galiano en *Atheneum*, misma revista que unas páginas antes estaba difundiendo la imagen romantizada sobre el *Quijote* y sus personajes en la lectura que Charles Lamb proponía de la novela (Cuevas Cervera: 2015: n.º 657), no tiene reparos en advertir con sinceridad, la *realidad* del personaje protagonista y su falta de *idealidad* o, mejor, de su abstracción como encarnación de la Humanidad plena:

the creation of ideal beings would seem to him impossible and absurd. Yet it was Spain that Don Quixote was created, a character which, so far from being a generalization, or the personification of some abstraction, is a man, whose existence has all the appearance of reality, because he is brought before us by those thousand minute touches of individual character, which distinguish our acquaintances of every-day life on from the other (n.º 342, p. 371).

En el lado francés, Leandro Fernández de Moratín, en sus *Orígenes del teatro español*, publicados en España de forma póstuma, pero redactados durante su exilio parisino, asumirá solo parcialmente las ideas de los Schlegel sobre la *Numancia* (Cuevas Cervera: 2015: n.º 748). En la misma línea se encuentra Martínez de la Rosa, que publicará sus «Anotaciones a la poética» y el «Apéndice sobre la tragedia española» en París en 1827, también desde la óptica más clasicista que este autor abanderaba (Cuevas Cervera: 2015: n.º 569).

Pero también se favorecieron algunos avances y la conjunción de posturas patrias y foráneas, como la solución de compromiso *clasicismo* más

romanticismo que propone Joaquín María Ferrer en los preliminares de la edición del *Quijote* de 1832 (Cuevas Cervera: 2015: n.º 633) o el medievalismo nostálgico, *quijotesco*, de Vicente Salvá. En este sentido, resulta sintomático que algunos de los estudios particularizados sobre la novela de Cervantes en el exilio londinense versen sobre un tema que puso en el punto de mira el aire romántico: la imaginación como valor, un nuevo concepto de verosímil para la literatura, como abordan Pablo Mendíbil en *Ocios de Españoles Emigrados* (Cuevas Cervera: 2015: n.º 548) o José María Blanco White en *El Mensajero de Londres* (Cuevas Cervera: 2015: n.º 528). Resumiendo mucho sus posturas, la nueva valoración de la invención en sentido romántico catapultó la imagen de don Quijote como creador de nuevos mundos, y coloca a Cervantes en una imagen ambivalente: ¿condenó las historias fabulosas, las imaginaciones inverosímiles, con su sátira a los libros de caballerías? A pesar de las nuevas perspectivas, el artículo publicado en *Ocios de Españoles Emigrados* colocará al *Quijote* aún bajo el membrete de las novelas satíricas. Aun pesa en él la tradición heredada del XVIII.

La postura de Blanco White es hartamente significativa. En «Sobre el placer de imaginaciones inverosímiles» no logra sortear las paradojas del Cervantismo romántico alemán e inglés. Desde su concepción, como Mendíbil, del *Quijote* como obra satírica que traía en su herencia de exiliado, no puede entender cómo un planteamiento artístico basado en la imaginación que rezuma el Romanticismo no proscribió una obra como la novela de Cervantes. Los románticos trataron de separar radicalmente estas dos esferas de interpretación, salvaguardando al tiempo las bondades de la Caballería del ridículo al que se sometía al personaje. Para Blanco, todo forma parte de un mismo mare-mágnum inseparable, de donde podrían extraerse nefastas consecuencias para la interpretación de la novela, que acabó condenando la imaginación:

No puedo menos de creer que el *Quijote* contribuyó [a la pérdida de la lozanía de ingenio, de originalidad de la obra literaria]; [...] esta afición [la de los libros de caballerías] debiera haberse corregido; no sofocado. Las armas de lo Ridículo son instrumentos envenenados que en vez de cortar excrescencias, destruyen el total de lo que hieren (p. 414b).

Al freno que suponían estas reticencias de los expatriados por contagiarse de la imagen de don Quijote –imagen que hacía fortuna y se difundía rápidamente en Inglaterra–, se une, en la historia de la interpretación de la figura quijotesca, el resultado de las nefastas consecuencias culturales generadas por el propio exilio. Este pudo crear un efecto adverso en cuanto al avance del Cervantismo hispánico: pudo acabar lastrando la acogida de la imagen romántica del personaje y de la novela en la península, ya que los autores e intelectuales que podían entrar en contacto con los nuevos aires de la crítica romántica, asimilarla y reinterpretarla, se encontraban en buena parte fuera de España. El atraso que Llorens consideró de manera generalizada para el curso de la histo-

ria cultural del país en la Década Ominosa, desprovista la patria de sus grandes hombres de letras, es aplicable también al caso del *Quijote*.

3.2. La negación del modelo quijotesco desde el exilio: románticos y nacionales

Lo anterior, la labor intelectual que desarrollaron los españoles en el exilio entre 1808 y 1833, tanto en su difusión como en su interpretación, atañe fundamentalmente a la novela de Cervantes y a la imagen que proyecta el personaje a partir de la selección y exégesis de la obra; pero, ¿qué hay en cuanto a don Quijote –el caballero–, tal y como había sido esgrimido en los años de la Guerra de la Independencia? Si aludía antes a una identificación que, por consolidada, se ha hecho insoslayable entre el exilio de 1939 (y a partir de ahí, de otros exilios posteriores) y la imagen quijotesca, esta parece inexistente en el de principios del XIX.

Hay una razón de base: las constantes identificaciones con la figura de don Quijote, despectivas y peyorativas, desde diferentes facciones políticas con que iniciábamos este repaso. Esta es la utilización identitaria que los exiliados habían recibido, utilizado y difundido, empleo que ahondaba en una idea burlesca del personaje, ya que solo en mínimas ocasiones el motivo quijotesco había sido asimilado de manera positiva (si se alzaba ante los franceses o ante nuevos enemigos).

De ahí que la identificación de don Quijote con los serviles siga vigente en los años del exilio. Así resulta en los paralelos que Félix Mejía, el exiliado en Philadelphia que parece esconderse tras el seudónimo de Carlos Le Brun, publica en los *Retratos políticos de la Revolución de España* (1826), verdadera galería de los protagonistas de la revolución española. En esta obra, el guerrillero escocés Downie, tildado por lord Wellington como «demasiado español», será así representado:

Su valor peca algo en temeridad, y su carácter es caballeresco; no parece sino que es hijo de Cervantes, como el Quijote. En aquel tiempo se le notó constantemente un amor decidido a la libertad; aunque cuando llegó ya el Rey, de vuelta de Francia, se advirtió que iba declinando al absolutismo, que dice alguna más consonancia con su caballería andante y con su negocio (p. 264).

Calzas, jubón, bonete y capa corta, amén de la espada de Francisco Pizarro que blandía, le daban al militar cuando paseaba por las calles de la Cádiz doceañista un aspecto bien reconocible: un caballero del siglo XVI luchando una guerra por la independencia en el siglo XIX. Un nuevo don Quijote, siempre ridículo. La imagen es paralela a la que advertíamos sobre Jiménez Gualdo en el marco de la Guerra y a sus recreaciones posteriores en el personaje de Pedro del Congosto de Benito Pérez Galdós.

Pero en los años del exilio don Quijote no será solo el símbolo de lo caduco, de la España que la Constitución de 1812 quería haber dejado atrás. Tam-

bién son *quijotes* los culpables de que la frustrada revolución de España los haya obligado a la diáspora. Porque don Quijote, el original, persigue unos ideales –olvidémonos en un momento de si antiguos– difusos y que no se sostienen en su realidad circundante. Es, también, la imagen del ingenuo *desfacedor de agravios* y *enderezador de tuertos*, y esta imagen risible tiene también una correspondencia que salta a los ojos del crítico político en la España en armas y en el exilio: los liberales.

De nuevo Félix Mejía, en su exilio estadounidense, definirá así a Romero Alpuente, uno de estos liberales:

Era un energúmeno de la libertad; liberal enliberalado, liberal sin compás ni lastre, y liberal que de puro liberal podía ser sospechado de no serlo sincero. [...] La soberanía del pueblo y la resistencia a las *cámaras*, que eran las bases de los comuneros, eran también los dogmas de la política de Romero Alpuente. Por todas partes veía *cámaras*, y destrozos de *soberanía*; hasta las bacías de los barberos se les antojaban *cámaras*, como a Don Quijote *Yelmos de Mambrino*. A haberlo dejado, se hubiera salido también por esos mundos de Dios con su Sancho, y con su Rocinante, a desfacer a los malandrines, que no quisiesen confesar que la *sin par libertad española* era ya, y lo sería siempre, la libertad de las libertades, y que no había poder humano [...] que quisiesen estorbarlo, que lo pudiese nunca conseguir, mientras hubiese en la comunería caballeros andantes y Romeros Alpuentes en las encrucijadas, para defenderla (pp. 212-213).

Esta identificación le valdría no solo para los ideólogos, sino también para los hombres de acción, como Zaldívar, ese cabrero metido a guerrillero durante la Independencia, trasunto de aquel otro hidalgo metido a caballero andante:

y él se metió por ellos hasta los codos en esta aventura, sin comerlo ni beberlo, a fuer de caballero andante, lleno de sus fazañas de la antigua partida, y con ínsulas Baratarias que le prometieron el General Grimaret, Cienfuegos, el obispo de Cádiz, que le manda dineros, e indulgencias, para cuando lo matasen, un tal Martínez de Xerez, y otros que querían negociar, como han negociado con los peligros y con la vida del selvático Zaldívar, arzobispados, mandos y empleos. [...] él logró hacer su primera salida una madrugada, como Don Quijote, y armarse caballero al día siguiente, forjando su partida de desertores y payos ilusos y fanáticos (pp. 181-182).

Con este punto de partida y bagaje heredado se hace evidente por qué los exiliados del XIX no quieren ser nuevos *quijotes* a costa de sus ideas políticas. Ellos saben bien cómo acaba el personaje, y han leído –y escrito– múltiples sátiras feroces en las que el caballero manchego de pronto salía a relucir, nunca bien parado. Ninguno querría ser considerado un loco por sus ideas, ni derrotado por la Historia. En este marco no sorprenden las declaraciones

de la carta que reproduce *El Español Constitucional*, una de las cabeceras periódicas más importantes del exilio londinense, firmada por William Davis Robinson en 1818 y dirigida al conde de Abisbal –por cierto, en otros artículos, identificado críticamente con don Quijote– en los primeros años de cruentas resoluciones por parte del gobierno fernandino para los que lucharon en la Independencia:

Aunque estoy bien persuadido de que V. E. me vituperará por haber violado mi palabra de honor, marchándome de Cádiz, sin embargo, le suplico que se digne a escuchar en justificación de este paso la siguiente exposición de las fuertes y extraordinarias circunstancias que me han impelido a darle.

[...] Si yo hubiese entregado mi persona a V. E. el 15 del corriente, para ser encerrado otra vez en el castillo de San Sebastián, y de allí tal vez conducido *sin escrúpulo* a Ceuta, conforme a las órdenes de S. M. C. del 15 de octubre de 1818, ¿semejante paso no hubiera sido más propio de un *Don Quijote* que de un hombre de juicio? Es muy factible que este famoso *caballero de la triste figura* se hubiera congratulado al ofrecérselle una especie de martirio; pero yo, que no he tenido el honor de nacer bajo las banderas de la *andante caballería*, no me siento con deseos de imitar al *caballero de la Mancha*, ofreciéndome víctima voluntaria de ese punto de honor quijotesco (vol. II, 1819, pp. 274-276).

Las alusiones que pueden encontrarse en este sentido son evidentes, si bien, tras el trienio decae en su utilización, de una parte por el silencio impuesto en España en los escritos de propaganda política, de otro lado por el rechazo de esta imagen en el exilio. Esta utilización del motivo quijotesco por parte de los intelectuales expatriados está en línea con su propia interpretación de la novela, arraigada en la recepción dieciochesca hispánica fundamentada en la lectura satírica, con la tradición de los escritos de corte ensayístico de tema político y, en último término, con el problema de la sátira y la dualidad del personaje, que desde fechas tempranas resultaba ambivalente (si bien con una predominancia clara por la imagen ridícula o abiertamente negativa en los escritores españoles precedentes).

¿Cómo iban a identificarse estos «leones enjaulados» que eran los exiliados románticos en palabras de Thomas Carlyle (Llorens: 1954: 42) con la figura hispánica de don Quijote? Arrastraban estos intelectuales la repetida imagen burlesca del caballero asociada a los diferentes fracasos políticos en la Guerra de la Independencia y heredaban también una lectura, si no siempre clasicista, incapaz de atisbar los nuevos puertos del Cervantismo romántico. No solo no se verían a sí mismos como *quijotes*, *no querrían verse como tales*. Ni bobos, ni derrotados. Desde fuera, sin embargo, la imagen resultaba evocadora. Era fácil invertir los términos. Aquellos que ya advirtieron en don Quijote un héroe romántico, trágico, un verdadero caballero andante, y que habían escapado al uso constante del motivo de don Quijote como insulto

político, no reparaban en presentarse como nuevos *quijotes*; como lord Byron en aquellos famosos versos de *Don Juan* o el poeta Alfred Tennyson, que firma una carta enviada a la institutriz de sus hermanas («su Dulcinea») como «Don Quijote», epístola escrita desde La Mancha e imbuida por un Romanticismo y exotismo, que quizás solo un foráneo podía descubrir en aquellos parajes (Sola Buil: 2007: 187). Y no solo estos románticos se vieron a sí mismos como *quijotes*, proyectaron la misma imagen en las comunidades de los españoles del exilio, identificaron al caballero cervantino con los héroes de la revolución. Para ellos, esa imagen del utópico soñador derrotado por un destino adverso se correspondía a la par con don Quijote y los liberales de 1820.

En las memorias del Marqués de Custine (*Lettres, en L'Espagne sous Ferdinand VII*) se esboza un cuadro sugerente de estos exiliados que lucharon por la revolución de España, estos mismos que esperan su ejecución en la magnífica pintura de Antonio Gisbert (Torrijos, Boyd, Golfín, ...). Aunque la visión de ellos en estas cartas no sea siempre positiva, cuando en 1831 este marqués plantea el plan de un nuevo libro sobre estos personajes, propone el título de *El Don Quijote liberal*. El icono de don Quijote, el *mito romántico* es, sin embargo, aún inexistente a ojos de los españoles. Precisamente, porque pocos de ellos serían románticos en estas fechas; menos aún, *lectores románticos* del *Quijote*.

Había de buscar, entonces, entre los exiliados españoles algún emigrado que evolucionara después a formas más profundas de romanticismo, alguno en que el mito del caballero manchego pudiera empezar a fraguarse en el destierro. Y, aunque serán excepción, alguno habrá. Un poeta trasterrado, inflamado de las ansias de renovación y del impulso creador y transformador propias de la edad –la suya y la que le tocaba vivir–, no duda en verse como un don Quijote de los nuevos tiempos:

Pero en la tierra nunca sucede nada; nada que mientras está sucediendo traiga carácter de aventura, ni nos sorprenda. Pasó ya el tiempo de las aventuras. Yo he salido a los diez y seis años de mi patria, como un segundo Don Quijote a buscarlas, y todavía no he hallado una que pueda llamarse tal. ¿Dónde están aquellas princesas incógnitas, aquellos tiranos que las oprimían, aquella mano generosa, que, cuando el caballero se acostaba pobre en su lecho, venía sin darle cata de ello, y le dejaba debajo de la almohada riquezas, que, considerando la codicia de nuestra época, causarían al más desinteresado corazón no menos sorpresa que gusto por su valor y su abundancia? ¡Ah! esta loable costumbre ha desaparecido [...]

Pero señor, ¿no me sucederá algo raro, algo extraordinario? Maldito siglo XIX, que, sistematizando las sociedades, has convertido la vida en una sucesión monótona de días, que unos tras otros pasan sin dejar rastro apenas de la memoria. Ya nada sucede nunca que de contar sea (José de Espronceda, «Un recuerdo», publicado después en *La Ilustración: Periódico Universal*, vol. IV, 1852, p. 136).

Años después de este exilio londinense, en 1836, se publicaban los primeros versos de una obra nuclear del Romanticismo de aquel que fuese *trasterado quijote*. Antecedían a estos una cita de la novela de Cervantes, tomada del momento en que el caballero manchego apostrofa a los cuadrilleros de la Santísima Hermandad. No es casualidad que ofrezcan estas palabras una imagen valerosa y heroica de la andante caballería, y por ende, del personaje: «[su ley –la de los caballeros– es su espada,] sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad», que casi parecen darle el pie de rima a otros versos de este mismo poeta que forman parte del acervo versal hispánico: «que es mi Dios, la libertad / mi ley la fuerza y el viento, / mi única patria la mar».

Piratas, verdugos, cosacos... exiliados, incluso. Estos arquetipos de la poesía de Espronceda, de la poesía romántica en suma, ya serán *quijotes* de nuevo cuño, del nuevo siglo. Pero para eso, habrán vuelto ya de su exilio los intelectuales constitucionalistas y se habrá puesto en marcha la máquina –*mal fundada*, quizás– del Romanticismo. Y ese, ya, será un nuevo y muy rentable capítulo para el Cervantismo hispánico.

FRANCISCO CUEVAS CERVERA
GRUPO DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII
DE LA UNIVERSIDAD DE CÁDIZ-UNIVERSIDAD DE CHILE

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, José Luis. (2006) *Los secretos de Cervantes y el exilio de don Quijote*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. (1987-1988) «Sobre la institucionalización de la literatura: Cervantes y la novela en las historias literarias del siglo XVIII». *Anales Cervantinos*. 25-26. 47-63.
- CARO LÓPEZ, Ceferino. (2009). «Don Quijote en la guerra del Francés». *Anales Cervantinos*. 41. 39-61.
- CUEVAS CERVERA, Francisco. (2003) «La historia a través de sus personajes: Sátira política, biografía y reconstrucción histórica en los *Retratos políticos de la revolución de España* de Carlos Le Brun». *Cuadernos de la Ilustración y el Romanticismo: Revista del Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz*. 11. 149-178.
- CUEVAS CERVERA, Francisco. (2010) «Cervantes en la configuración del canon de Literatura Española. Antologías y Colecciones de Literatura (1750-1850)». *Gramática, Canon e Historia Literaria (1750-1850)*. Victoriano Gaviño Rodríguez y Fernando Durán López (Eds.). Madrid. Visor. 85-115.
- CUEVAS CERVERA, Francisco. (2013) «Facilius est inventis addere: diálogo entre las imitaciones cervantinas de finales del siglo XVIII y el discurso

- crítico del Cervantismo». *Hacia 1812, desde el siglo ilustrado. Actas del V Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII*. Fernando Durán López (Coord.). Gijón. Ediciones Trea. 395-411.
- CUEVAS CERVERA, Francisco. (2015) *El Cervantismo en el siglo XIX: Del Quijote de Ibarra (1780) al Quijote de Hartzzenbusch (1863)*. Oviedo. Universidad de Oviedo.
- FÉRRIZ ROURE, María Teresa. (1994) «Relectura de la tradición literaria española desde el exilio». *De Historia, Lingüísticas, Retóricas y Poéticas: Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación de Hispanistas*. Juan Vilegas (Ed.). Berkeley: University of California. IV. 133-146.
- HUTCHINSON, Steven (2000) «Perlas críticas surgidas a la luz del “patrioterismo” aplicado al Quijote». *Desviaciones lúdicas en la crítica cervantina: Primer convivio internacional de «Locos Amenos»*. Antonio Bernat Vistarini y José María Casasayas (Coords.). Salamanca / Palma de Mallorca. Ediciones Universidad de Salamanca / Universidad de las Islas Baleares. 281-290.
- LLORENS CASTILLO, Vicente. (1954) *Liberales y románticos: Una emigración española en Inglaterra (1823-1824)*. México. El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ NAVIA, Santiago. (2008) «La recreación literaria de Don Quijote a la luz del nacionalismo españolista: Don Quijote y Napoleón en la Guerra de la Independencia». *Tus obras los rincones de la tierra descubren: Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Alexia Dotras Bravo et al. (Coords.). Alcalá de Henares. Asociación de Cervantistas / Centro de Estudios Cervantinos. 427-439.
- MARTÍNEZ BARO, Jesús. (2006) «Sueños, diálogos y viajes imaginarios: Literatura y Política en el *Diario Mercantil de Cádiz*». *La guerra de pluma: Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814)*. Alberto Romero Ferrer, Fernando Durán López y Marieta Cantos Casenave (Eds.). Cádiz. Universidad de Cádiz. I. 169-304.
- MARTÍNEZ MATA, Emilio. (2005) «El Quijote, sátira antiespañola». *Voz y Letra*. 16. 1-2. 95-104.
- PÉREZ MAGALLÓN, Jesús. (2007) «Inventando la Nación: Cervantes en el siglo ilustrado». *Estudios de Historia Moderna: contextos, teorías y prácticas historiográficas*. María Luz González Mezquita (comp.). Mar de Plata. Eudem. 61-72.
- PIDAL Y MON, Alejandro. (1905) «El Quijote como símbolo nacional». *Cervantes y el Quijote*. Madrid. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. 152-154.
- QUINZIANO, Franco. (2014) «Ecos cervantinos en la Italia del XVIII: una aproximación al Quijote a través de los escritos de los jesuitas expulsos». *Comentarios a Cervantes: Actas selectas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Emilio Martínez Mata y María Fernández Ferreiro (Eds.). Gijón. Fundación M. C. Masaveu Peterson. 782-795.
- ROMERO PEÑA, María Mercedes. (2006) «Conversaciones, diálogos y triálogos

- durante la Guerra de la Independencia española». *Revista de Literatura*. LXVIII. 136. 503-520.
- SIMAL DURÁN, Juan Luis. (2011) *Exilio, Liberalismo y Republicanismo en el mundo atlántico hispano, 1814-1834*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.
- SOLA BUIL, Ricardo J. (2007) «Alfred, Lord Tennyson: *Don Quixote* como modelo romántico de caballero artúrico». *La huella de Cervantes y del Quijote en la cultura anglosajona*. José Manuel Barrio Marco y María José Crespo Allué (Eds.). Valladolid. Universidad de Valladolid / Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial. 187-195.
- UZCANGA MEINECKE, Francisco. (2008) «El *Quijote* en la prensa satírica del siglo XVIII: de modelo literario a sujeto de identificación». *El Quijote y el pensamiento teórico literario*. Miguel Ángel Garrido Gallardo y Luis Alburquerque García (Coords.). Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 475-480.